

AMAZON ORIGINAL STORIES

THE BOOKSTORE SISTERS

A SHORT STORY



NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR

Alice Hoffman

Querido lector, el libro que tienes en tus manos es una traducción no oficial, hecha sin fines de lucro, por fans como tú.



The Bookstore Sisters
Alice Hoffman

Sinopsis

Isabel Gibson casi ha perfeccionado el arte de olvidar. Ahora es neoyorquina, sin nada más que la vincule a Brinkley's Island, Maine. Sus padres se han ido, la librería familiar está casi en bancarrota y su hermana, Sophie, probablemente nunca volverá a hablar con ella.

Pero cuando una misteriosa carta llega a su buzón, Isabel se siente atraída por el pasado. Después de años de luchar por su independencia, teme la idea de volver a la isla. Lo que encuentre allí puede alterar para siempre su camino y cambiar todo lo que creía saber sobre su familia, su hogar y ella misma.

La carta a Isabel Gibson llegó un martes, que siempre había sido el día más desafortunado de la semana. Los martes estaban destinados a accidentes, decepciones y malas noticias. Hace mucho tiempo, se consideraba que el día pertenecía a *Marte*, el dios de la guerra y la sangre. Ahora solo significaba problemas; significaba que tu pasado podría volver para atormentarte.

Isabel metió la carta, que tenía la estampilla de *Brinkley's Island*, en su bolsillo sin mirarla, ya que ninguna noticia era buena para ella, y luego se olvidó de ella rápidamente. Era buena para olvidar; había practicado durante años, y ahora era una habilidad en la que sobresalía. Cuando lo intentó, fue capaz no solo de olvidar *Brinkley's Island*, que guardaba sus peores recuerdos de la infancia, sino todo el estado de Maine, donde había pasado sus primeros dieciocho años. Podía olvidar que estaba divorciada, después de cinco años infelices; podía olvidar que tenía treinta y dos años y comía sola la mayor parte de sus comidas en su apartamento de la calle 18, donde la estufa era temperamental y a menudo se negaba a encender. Incluso podría olvidar que una vez había sido considerada la chica con más probabilidades de convertirse en *alguien*, cuando resultó ser nadie en particular. Cuando Isabel realmente lo intentaba, podía bloquear todo a su alrededor. Incluso podía olvidar que era junio, que una vez había sido su época favorita del año, antes de que todo saliera mal.

Isabel ahora paseaba perros a tiempo completo en Manhattan, donde había vivido desde que terminó la escuela de arte doce años atrás. Había sido una promesa en ese entonces, todos sus maestros se lo habían dicho; pero la promesa puede desaparecer si dejas que se tambalee, y ahora tenía cinco perros para pasear todos los días, una pandilla que incluía un labrador retriever que se portaba bien y que se quedaba solo en su apartamento durante diez horas cada día, un Jack Russell terrier que no escuchaba ni una palabra de lo que ella decía, dos caniches estándar que apenas la miraban y solo se relacionaban entre sí, y un perro pastor al que le gustaba morder cada vez que tenía la oportunidad.

Isabel no pensó en la carta que había llegado hasta que estuvo sentada en el parque para perros de Madison Square. Ya había llevado a cuatro de sus perros a sus hogares y estaba sola con el labrador retriever, llamado Hank. Por lo general, tenía a Hank la mayor parte del día a pesar de que solo le pagaban tres de esas horas; no podía soportar llevarlo a casa, a un apartamento vacío. Cada vez que lo hacía, podía escucharlo aullar mientras

caminaba por el pasillo, y casi le rompía el corazón, algo que ni siquiera creía poseer.

Olvidar que tenías uno casi podría hacerlo verdad.

Isabel sacó el sobre del bolsillo de su abrigo de primavera, comprado en oferta en *Saks* cuando aún estaba casada y usaba las tarjetas de crédito de Roger con la mayor frecuencia posible. Roger había dicho que aunque se había casado con él, nunca se había comprometido realmente y siempre lo había descuidado. Él la culpó por todo lo que había ido mal entre ellos, y ella podría haberlo creído si no hubiera descubierto un trozo de papel en su chaqueta con una escritura que era infantil y desconocida.

«*Esta mañana fue el cielo*».

Al final resultó que, cuando Roger salió a correr temprano en el día, también estaba teniendo una aventura, así que eso fue todo. Cualquier posibilidad de compromiso había terminado.

Antes de que el divorcio fuera oficial, Isabel cargó compras que no necesitaba o no quería en *Burberry*, *Coach* y *Saks* a un ritmo vertiginoso, todo en las tarjetas de Roger. Durante un tiempo, compró dos de cada cosa y le envió los dobles a su hermana, Sophie, pero nunca recibió una nota de agradecimiento. Por lo que sabía, su hermana había tirado las carteras y los suéteres caros a la basura o los había dado en las ventas de artículos de segunda mano que se realizaban en el centro comunitario cada verano. Parecía que era imposible que volvieran a ser hermanas, y si la carta que había llegado era de Sophie, como sospechaba Isabel, probablemente estaba llena de ira y culpa por la gran pelea que habían tenido la última vez que habían estado juntas.

Pase lo que pasase, el paisaje escarpado de *Brinkley's Island* había logrado salir a la superficie en todas las pinturas de Isabel. Podría estar en el río Hudson esbozando una escena de río urbano solo para terminar con una pintura de la playa rocosa en el puerto o el prado detrás de la casa donde creció, tan lleno de altramuces que todo el mundo se volvió azul, y rosa, y blanco.

Isabel había vendido el último de sus cuadros a veinticinco dólares cada uno en el mercadillo de Chelsea, para poder seguir olvidando y, sobre todo trató de olvidar su propio mal comportamiento la última vez que había visto a su hermana. Nacidas con dos años de diferencia, ella y Sophie habían sido mejores amigas, pero eso fue hace mucho tiempo. Habían crecido en la cabaña anexa a la librería *Once Upon a Time*, un

lugar que los lugareños trataban como si fuera su biblioteca personal. La gente traía los libros a casa y los devolvía una vez que los habían leído, sin molestarse en pagar, con los márgenes llenos de comentarios alegres y críticas explosivas. El padre de Isabel, Shaun Gibson, era querido en la isla y siempre animaba a la gente a leer todo lo que quisieran, pero eso no significaba que fuera un experto en finanzas, y el dinero siempre era una lucha; al final no había dinero en absoluto.

Cuando Shaun murió, durante el último año de escuela de Isabel en Nueva York, ella quería vender la librería, pero Sophie dijo que estarían desmantelando su herencia y destruyendo su pasado, lo cuál era exactamente el punto de Isabel. Su pasado fue miserable, ¿no? Su madre había fallecido cuando Isabel tenía diez años y Sophie doce, después de dos terribles años con una enfermedad que había hecho que su bella madre permaneciera en la cama con las cortinas corridas. Isabel había pasado la mayor parte de esos dos años escapando a los libros. Cuando su madre dejó de hornear, su actividad favorita, y supieron lo malo que era, Isabel dejó de leer. Ya no había forma de escapar de lo que les estaba pasando. Después, su padre estuvo fuera la mayoría de las noches en la taberna, ahogando su dolor, hasta que Sophie corrió a buscarlo y llevarlo a casa. Eso era lo que Isabel más deseaba olvidar. El dolor que sintió cuando estuvo sola en su habitación y escuchó a su hermana llorar por la noche, cuando pensó que nadie podía oírla. Fue entonces cuando comenzó a planear su escape de la isla.

En cuanto a la librería, estaba convencida de que solo las llevaría a la bancarrota una vez que su padre falleciera, un año después de que Isabel se mudara a Nueva York. Tenía un apego emocional a un lugar que estaba fallando, y Sophie había heredado ese rasgo. Cuando las hermanas discutieron, Sophie contrató a un abogado y ganó, aunque Isabel no sabía exactamente qué había ganado su hermana, aparte de una deuda pendiente y una tienda llena de ediciones polvorientas apiladas hasta el techo. La trastienda, que una vez había sido el lugar favorito de Isabel para leer, tenía montones de mitos, cuentos de hadas, novelas e historias, junto con libros de mapas, los favoritos de su padre, quien siempre había planeado viajar por el mundo algún día. Ese día nunca había llegado, y él no había ido exactamente a ninguna parte. La idea de no ir a ninguna parte perseguía a Isabel; había hecho algunos viajes, a México y California, pero cada vez que lo hacía pensaba: *¿Qué estoy haciendo aquí sola?*

El caso entre las hermanas se escuchó en el pequeño juzgado de Main Street, donde cincuenta de los amigos más cercanos de Shaun Gibson fueron a testificar que la librería debía permanecer y que, de hecho, era un sitio histórico, ya que el edificio se construyó en 1670. La casa adjunta se conocía como *Red Rose Cottage*, y las rosas que crecían allí no se podían encontrar en ningún otro lugar de Maine y se pensaba que habían sido traídas de Inglaterra cuando llegaron los primeros colonos. Se pidió a un experto en botánica que testificara y llamó a las rosas un tesoro nacional.

El día en el juzgado había sido una gran muestra de apoyo para la librería, ya que solo había sesenta personas viviendo en la isla durante todo el año, y parecía que todos habían aparecido. La isla era un conocido lugar de veraneo donde la población aumentaba en junio, julio y agosto. Los veraneantes iban y venían y eran considerados forasteros aunque fueran visitantes de segunda generación. Todos los que pasaban todo el año en la isla se conocían entre sí, y sabían que querían una librería, y eso fue todo, caso cerrado. Después, Isabel y Sophie nunca volvieron a hablarse. Juraron que nunca se volverían a ver, pero entonces Sophie sufrió una tragedia que Isabel no pudo ignorar.

El nuevo esposo de Sophie, un pescador llamado Matt Hawley con quien las hermanas habían crecido, se había ahogado durante una tormenta. Aunque Isabel no había sido invitada a la boda, tan pronto como supo la noticia de su fallecimiento, se fue a casa. Había conducido a toda velocidad por la carretera presa del pánico durante el viaje de siete horas, temiendo llegar tarde, logrando cruzar el último ferry del día. Matt había sido un chico tranquilo y encantador que se había convertido en un hombre tranquilo y encantador, y nunca hubo ninguna duda de que Sophie se casaría con él algún día. Se había tatuado el nombre de ella en el brazo cuando tenía diecisiete años y se había marchado a Boston con los otros chicos de la isla, y eso era tan bueno como un anillo de compromiso, o mejor, decía siempre Sophie, porque podías perder un anillo, pero un tatuaje era parte de ti, tuyo para siempre, tuyo para toda la vida.

Isabel había llegado tarde, tal como se había temido, entrando en la iglesia en medio del servicio por la vieja puerta de roble, chirriando y delatándola. No había pensado en la ropa, y mientras todos los demás vestían de negro solemne, ella tenía puesto un vestido de primavera estampado con flores. Ni siquiera se había molestado en peinarse; parecía un desastre, como si fuera una turista que se hubiera topado por error con una tragedia local. Todos vieron a la recién llegada y nadie se sorprendió

al ver que era Isabel, a quien se consideraba una egoísta, una verdadera neoyorquina.

Sophie se volvió para ver a su hermana y, después de mirarla, se dio la vuelta. Al final del servicio, Isabel se acercó a su hermana, esperando en fila con los demás dolientes.

—¿En serio? —dijo Sophie cuando por fin estuvieron cara a cara. — ¿Ni siquiera puedes llegar a tiempo al funeral de Matt?

—Lo intenté —se encontró diciendo Isabel. Sonaba patética incluso para sí misma.

—No deberías tener que intentarlo —dijo Sophie. —Eso es lo que nunca has entendido.

Después de eso, Isabel estaba demasiado avergonzada para reunirse con los otros dolientes en el salón de la casa de sus padres, donde ahora vivía Sophie. En cambio, había terminado en Black Horse Tavern, donde bebió demasiado y se olvidó de casi todo. Era el tipo de velada en la que sabía que estaba cometiendo un error mientras sucedía. Bailaba con hombres a los que apenas conocía y a los que conocía demasiado bien, y no podía recordar cómo había llegado a su habitación alquilada encima de la barra. Por la mañana, Isabel se despertó con dolor de cabeza y un deseo enorme de no volver nunca más a Maine. Rápidamente empacó su bolso y bajó las escaleras, con la esperanza de escapar antes de que alguien se diera cuenta de ella, pero allí estaba Sophie, tomando un café en el bar. Sophie siempre había sido la hermana tranquila y lógica, pero ahora parecía angustiada, y había algo que Isabel no había notado en la iglesia.

Sophie estaba embarazada.

—Me estás abandonando —dijo Sophie. —Una vez más. Papá con la bebida y tú encerrándote con tus libros, yo tuve que encargarme de todo.

—No voy a abandonar a nadie. Mamá y papá se han ido, y la librería está casi arruinada. ¿Por qué me quedaría?

—Porque prometimos que nos haríamos cargo de la librería —le recordó Sophie. —Le dijimos a papá que lo haríamos.

Lo habían dicho, era cierto, pero eran niñas, dos niñas tristes que habían perdido a su madre. Los libros habían sido la salvación de Isabel y su escape. Había pasado las tardes en la sección de cuentos de hadas leyendo montones de libros, prefiriendo siempre los libros de hadas codificados por colores de Andrew Lang. A Sophie le gustaban las biografías y la historia, las historias de mujeres que habían sobrevivido a

pesar de todas las adversidades. La isla parecía encantada entonces, y cuando la luna estaba llena, salían a hurtadillas para leer a su luz. A veces, su padre las encontraba dormidas en la hierba por la mañana, con los libros aún abiertos. A veces Matt venía a leer libros sobre navegación, como si estuviera prediciendo su futuro con historias de hombres ahogados y las mujeres que los esperaban en la orilla. Matt y Sophie estaban destinados a estar juntos en aquel entonces, pero el destino puede oscurecerse cuando menos te lo esperas, y ahí estás tú, sola y de luto, sin nadie que te ayude a criar al niño que estás a punto de traer al mundo.

—¿Crees que debería quedarme en esta isla debido a una promesa que hice cuando tenía diez años? —le preguntó Isabel a su hermana. —¿Debería comer solo sándwiches de mantequilla de maní para el almuerzo porque eso es lo que comí entonces?

—¿Eres mi hermana o no? —El rostro de Sophie estaba pálido; su cabello negro estaba anudado. Parecía tener los ojos desorbitados y listos para estallar.

—Claro que soy yo. —¿Le estaba pidiendo que olvidara su apartamento, su trabajo, su propia vida? —Puedo quedarme contigo hasta que superes a Matt.

Fue absolutamente lo peor que pudo decir. Isabel lo supo tan pronto como lo soltó, pero las palabras que se han dicho no pueden dejar retirarse, y Sophie ya estaba herida sin medida.

—¿Es eso lo que crees que sucede cuando pierdes a alguien que amas? ¿Los superas? ¿Los olvidas y sigues como si nunca hubieran existido? Anda entonces, vete. Siempre has hecho lo que te ha gustado, como lo hiciste anoche. Deberías tener más cuidado con quién te acuestas, Isa, todo el mundo en la isla está hablando de eso.

Isabel había estado borracha la noche anterior y solo ahora recordaba que había pasado la mayor parte del tiempo con un hombre al que no recordaba bien. Solo recordaba que él era alto, moreno y familiar. Era cierto, casi habían terminado en la cama, ahora lo recordaba, pero después de besarse locamente afuera de la puerta de su habitación sobre la barra, el tipo había dicho algo como «no creo que estés en el estado para tomar esta decisión. ¿Por qué no vuelvo por la mañana?»

Pero por la mañana, ella se había ido. Sophie había salido de la taberna por la puerta principal e Isabel por la trasera, y si el hombre del pasillo alguna vez había regresado, ciertamente no la encontró allí

esperándola. En lugar de eso, había ido a los muelles, donde le había suplicado a uno de los pescadores que la llevara a través del puerto, ya que no quería esperar el ferry. Se dio la vuelta y miró la isla mientras cruzaban la bahía a toda velocidad y, si no se equivocaba, su hermana estaba allí, en la orilla. Esa había sido la última vez que se habían visto. En los años que habían pasado, habían olvidado cuánto se amaban. Se habían esforzado por olvidar, y casi lo habían logrado, y así había permanecido, hasta este martes.



Ahora, en este día en el parque, Isabel descubrió que había una tarjeta blanca dentro del sobre. Una palabra había sido escrita apresuradamente con marcador negro.

Ayuda .

Isabel se preguntó cómo una sola palabra podía tener un efecto tan grande, pero se echó a llorar, allí en Madison Square Park, molestando a Hank el Labrador, que tenía una naturaleza sensible y ahora hizo todo lo posible para sentarse en su regazo a pesar de que pesaba cerca de ochenta libras. En la parte inferior de la tarjeta, había una línea escrita a máquina.

Toma el ferry de las dos el miércoles.

Si fue Sophie, algo debe haber salido terriblemente mal para que ella contactara a Isabel después de más de una década y, a pesar de todo lo que había pasado, Isabel tenía que ir.

Cuando dejas de olvidar, los efectos pueden ser abrumadores. Pensó en la época en la que imaginaba que siempre viviría en un mundo de libros, cuando en realidad Isabel no había leído un libro en años. Ella los había dejado. Ya ni siquiera creía en ellos. Cuando leía, recordaba haber bailado en la playa la primera noche nevada del año cuando podían escuchar el canto de las ballenas a lo lejos. Recordó la noche en que les dijeron que su madre había fallecido. Recordó a Sophie llorando en su habitación y a su padre de pie en el patio sollozando y su propia decisión de no sentir más cosas.

Isabel llevó a Hank al departamento de su dueño en Greenwich Avenue, pero el perro se detuvo en la esquina y se negó a seguir adelante. «A veces no tienes otra opción» le decía siempre Isabel sobre las horas que pasaba en un apartamento vacío esperando a que llegara su dueño, pero hoy simplemente no se movía, e Isabel no tenía la paciencia ni el corazón para dejarlo.

Llevó a Hank a casa, hizo una maleta, telefoneó a todos los que estaban en su lista de paseadores de perros para informarles con pesar que estaría fuera de la ciudad, brevemente, esperaba, y dejó un mensaje para el dueño de Hank, que resultó ser su abogado de divorcios, para que no esperara su regreso. Llevaría a Hank con ella, eso era seguro. Él ya estaba sentado encima de su maleta.



Isabel alquiló un auto por la mañana y condujo directamente, deteniéndose brevemente en Portland para comprar un sándwich para llevar y un poco de café y correr a una tienda de mascotas donde solo vendían bolsas extra grandes de comida para perros que pesaban cuarenta libras. Se dirigió al norte y al este, salió de la autopista y tomó el camino sinuoso a lo largo de la costa. Las cosas seguían pareciendo familiares, por lo que olvidar se hacía más difícil con cada kilómetro. El perro mantuvo la cabeza fuera de la ventana, a pesar de que el día estaba brumoso y frío. Junio era así en Maine, la humedad era constante, hasta que la brillante luz del sol abría el cielo y el mundo gris se volvía azul y verde en igual medida. Cuando llegó al pequeño pueblo de Hensley, donde atraca el ferry a la isla, recordó todas las veces en la escuela secundaria cuando había tratado de escapar de la isla.

—¿No puedes esperar a crecer antes de irte? —le preguntó su padre a Isabel la última vez que el capitán del ferry la atrapó de polizón y la trajo de vuelta. —El tiempo pasa más rápido de lo que crees.

—No lo suficientemente rápido —respondió Isabel, pero resultó que su padre tenía razón. De repente, aquí estaba ella en la treintena, sin familia y sin nadie a quien amar, y había comenzado, solo en raras ocasiones y en horas extrañas, a pensar que había cometido un terrible error.



Una chica paseaba por el muelle cuando llegó el transbordador. Llevaba un vestido y botas negras, y aunque la niebla se había disipado y el día estaba ahora soleado, era lo suficientemente cálido como para que unos vaqueros y una camiseta le hubieran quedado mejor. La chica tenía un rostro bonito que sugería inteligencia, aunque estaba pálida, con círculos oscuros debajo de los ojos. Ella estaba sosteniendo un cartel para que todos los que bajaban del ferry pudieran verlo claramente. *Ayuda*. Isabel estaba de pie en el ferry, en estado de shock. No era Sophie quien le

había escrito sino esta chica de expresión agria, que parecía molesta cada vez que alguien desembarcaba del ferry y pasaba junto a ella.

—Parece que has visto un fantasma —le dijo el barquero.

Quizás ella lo había hecho. La niña se veía exactamente como Sophie a su edad, excepto que mientras Sophie había sido ligera y alegre, la niña en el muelle parecía amargada y sospechosa.

—No me recuerdas. —El barquero parecía decepcionado. La había notado mirando a la chica en el muelle. —Tal vez todos somos fantasmas para ti.

La luz era brillante, lo que obligó a Isabel a protegerse los ojos para poder verlo con más claridad. Él era alto, de pelo negro, sin afeitar y necesitado de un corte de pelo, con ojos tan oscuros que la quemaban. Él también era bastante familiar, aunque todos en la isla probablemente serían alguien que alguna vez conoció. Isabel tenía tanta práctica en olvidar que no podía recordar su nombre.

—Solíamos huir juntos —le dijo.

Y ahí estaba. Isabel recordó haber ido a esconderse a los pantanos con él.

«*Nadie nos encontrará nunca*» solía decirle.

«*Bien*» le respondía siempre. «*No necesitamos a nadie más*».

—Johnny Lenox —dijo Isabel.

Habían estado juntos en la escuela, y él había sido guapo y atrevido, y siempre se metía en problemas una vez que fue un adolescente. Todas las chicas estaban locas por él, pero nunca parecía calmarse. Simplemente siguió a Isabel hasta que ella se fue.

—No puedo recordar la última vez que te vi —dijo Isabel.

—Yo puedo. Te subí a tu habitación la noche del funeral de Matt. — Cuando Isabel se sonrojó de vergüenza, Johnny agregó: —No te preocupes, fui un caballero. Me di cuenta de que no sabías quién diablos era yo. De todos modos, fue hace años. Hizo un gesto con la cabeza a la chica con el letrero en el muelle. —Fue antes de que naciera Violet.

Un hombre mayor los estaba mirando. —Johnny, te necesito. Y no en cinco minutos cuando la dama se haya ido.

—Mi padre —dijo Johnny sobre el hombre mayor. —No querrás cruzarlo a pesar de que soy yo el que supuestamente está a cargo ahora.

El viejo capitán había sido su enemigo una vez, siempre la atrapaba cuando se escondía e informaba a su padre

—Hola, señor Lenox —llamó Isabel. —¿Se acuerda de mí?

El Sr. Lenox no parecía recordarla, o tal vez sí; de cualquier manera parecía disgustado.

—Váyase, señorita —dijo el Sr. Lenox. —Hemos atracado.

—Siempre quisiste salir de aquí —dijo Johnny. —Seguiste huyendo hasta que lo lograste. No te he olvidado ni un poco, Isabel. —Él la miró de soslayo. —Pero parece que me has olvidado incluso después de lo que sucedió después de la muerte de Matt.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Isabel, insegura y sintiéndose tonta.

—Te enamoraste de mí —dijo Johnny.

Isabel se rió a carcajadas y luego se tapó la boca. —Lo siento.

—No me lo estoy inventando. Eso es lo que me dijiste.

—Si lo hiciera, deberías saber que soy bien conocida por ser una mentirosa.

—Te conocía bastante bien, y nunca fuiste una mentirosa. —Hizo un gesto con la cabeza a la chica del muelle, que había visto a Isabel y ahora saludaba. Al final resultó que Isabel fue la última persona en desembarcar. —Tu sobrina parece estar esperándote, pero parece que no notas ese tipo de cosas.

El Sr. Lenox mayor llamó para preguntar qué diablos pensaba Johnny que estaba haciendo cuando tenían que cruzar la bahía en media hora.

—Todavía cree que es el capitán —dijo Johnny mientras se alejaba de Isabel. —Al igual que tú todavía piensas que serás más feliz si huyes.



Los pasajeros que salían de la isla ya habían comenzado a abordar cuando Isabel salió del ferry.

—¿Violet? —preguntó Isabel cuando llegó al muelle.

Mirar a la niña era como ver a su hermana en blanco y negro; Sophie siempre había sido tan brillante.

«Luz del sol» solía llamarla su padre.

«Entonces, ¿qué soy yo?» había preguntado Isabel una vez, herida por cómo parecía favorecer a Sophie.

«Oh, eres la luz de la luna» había dicho él. «Es más difícil de ver, pero siempre está ahí».

—Te tomó bastante tiempo —dijo Violet. —Fuiste la última persona en salir.

Violet tenía once años, pero parecía mayor, como siempre lo había parecido Sophie. Cuando su madre enfermó, Sophie se hizo cargo de la casa. Preparó las cenas, lavó, colgó la ropa en el tendedero. A veces, Isabel notaba que su hermana estaba llorando en el fregadero y, en lugar de pararse a su lado y secar los platos, salía corriendo y se dirigía a los pantanos. Observaba las gaviotas y las garzas y deseaba poder volar.

Hank saltó y se liberó de la correa de las manos de Isabel, encantado de estar libre en una isla que olía a mar. Cuando saltó para lamer la cara de Violet, el perro fue casi tan alto como ella. Su expresión sombría se desvaneció y comenzó a reír, pero pronto se volvió hacia Isabel y la evaluó brutalmente.

—No te pareces en nada a mi madre.

—Tú sí —dijo Isabel.

—No me parezco en nada a ella —dijo Violet. —Pero no lo sabrías ya que no sabes nada sobre mí. Encontré tu dirección en un sobre viejo en el cajón de la mesita de noche de mi madre. No sabía si realmente vendrías, pero ahora que estás aquí, tal vez puedas ayudar por una vez en tu vida. Simplemente no esperes que me gustes.

—Bien —dijo Isabel, eso estaba bien con ella. —Tampoco esperes que me gustes a mí.

Una vez que llegaron a Shore Road, Isabel desabrochó la correa de Hank, y después de una incursión salvaje en el pantano, donde asustó a los gansos que tomaban el sol, volvió para seguir a Violet, que parecía no prestarle atención, aunque le acarició la cabeza una o dos veces.

—Mi madre ha estado en el hospital de Portland —le dijo Violet a Isabel. —Se cayó por las escaleras y se rompió la pierna y tuvo que someterse a una cirugía, y no puede caminar durante seis semanas más, por lo que no puede administrar la tienda.

—No me importa la tienda —dijo Isabel, pero se sorprendió al escuchar las noticias sobre su hermana. —¿Cómo está su pierna?

—Está mejorando, pero hemos estado cerradas por un mes. —Violet le lanzó a Isabel una mirada de desprecio. —Por eso te escribí. Pensé que le debías algo. Espero que puedas cocinar, porque yo no puedo. Y hay ropa para una semana. Mi madre siempre hizo todo eso, pero supongo que tú lo sabías. Me dijo que también hizo eso por ti, cuando no tenías madre.

Isabel sintió que su corazón latía demasiado rápido, pero Violet no se detuvo, e Isabel no tuvo más remedio que apresurarse para alcanzarla, arrastrando su maleta y la bolsa ridículamente grande de comida para perros.

—Lo siento, no lo sabía —dijo.

—Deberías haberlo sabido, pero ya puedo decir que no te importan ese tipo de cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

Estaban pasando por el paisaje que Isabel había pintado una y otra vez en la ciudad de Nueva York. El pantano era tan verde y familiar que le dieron ganas de llorar, algo que no había hecho en años.

—Cosas como la familia y la lealtad —dijo Violet. —Probablemente también seas deshonesto.

—Eres bastante grosera —dijo Isabel. —Tal vez heredaste eso de mí.

—Lo dudo —dijo Violet. —No soy nada como tú.

Continuaron en silencio a lo largo del pantano. Isabel recordó haber caminado por este camino con su madre y su hermana, buscando lavanda marina para tejer coronas. Recordó trepar a un árbol con Sophie en un bosque escondido en el pantano para poder sentarse en un nido de garzas y fingir que eran pájaros.

«*Este lugar es un secreto*» le había dicho Sophie a Isabel. «*Solo puedes mostrárselo a alguien que amas*».

Por fin llegaron a Main Street, pasaron la oficina de correos, el mercado y Cricket Shop, que vendía ropa un poco pasada de moda, y finalmente doblaron la esquina en Center Street; allí estaba la librería. La puerta principal todavía era azul, y las rosas que no tenían nombre todavía florecían a principios de junio. La librería, ahí, al lado de la cabaña, parecía oscura y embrujada. Las cortinas estaban corridas y las moscas atrapadas detrás de las pantallas. Entraron en la cabaña, con Hank corriendo delante, atravesando la puerta y corriendo hacia el salón. La casa era definitivamente más pequeña de lo que Isabel recordaba.

—¿Qué diablos está pasando? —oyó gritar a su hermana, y luego se oyó una carcajada cuando Hank corrió delante de ellas. Cuando Isabel y Violet entraron en la habitación, Hank estaba sentado en el sofá junto a Sophie. Ella estaba encantada con él, aunque tenía la pierna enyesada y el pie apoyado en un taburete.

—¿Dónde encontraste esta bestia? —preguntó Sophie cálidamente mientras rascaba la cabeza del perro. Cuando levantó la vista y vio a Isabel, dejó de hablar.

—¿Me estás llamando bestia? —bromeó Isabel, pero la broma fracasó.

—Ha venido a ayudar —explicó Violet.

—Ella nunca vendría a ayudar —dijo Sophie.

—Bueno, le escribí —dijo Violet. —Y ahora ella está aquí.

—Nunca debiste haber hecho eso —le dijo Sophie a su hija. —Sabes que no nos hablamos.

Estaban hablando de Isabel como si no estuviera en la habitación, e Isabel supuso que se lo merecía. Había sido una especie de fantasma todos estos años, por lo que no podía esperar que la trataran como a una persona.

Sophie seguía siendo hermosa, pero vestía un camisón gris que a Isabel le pareció reconocer de su juventud, y parecía diez kilos más ligera, tan delgada que sus ojos parecían aún más grandes y oscuros de lo habitual.

—Odio decirte esto —le dijo Sophie a su hija, —pero no puedes hacer que las cosas que salieron mal vuelvan a estar bien.

—En realidad, eso no es cierto —contradijo Violet. —Si no pudieras, entonces nadie iría a un médico o se sometería a una cirugía, y lo has hecho, y volverás a estar bien en seis semanas. —Violet miró de un lado a otro la forma en que las hermanas se miraban, como si fueran extrañas. —Oh, ya veo —dijo Violet, ahora entendiendo lo que había querido decir su madre. —Quieres decir que Isabel no puede volver a estar bien.

Ya era bastante malo ser juzgada por una persona, pero algo abrumador ser juzgada por dos, especialmente cuando una no tenía mucho más de once años.

—Supongo que fuiste una hermana pésima —dijo Violet. —Yo soy una persona pésima, pero soy una gran hija.

Sophie sonrió y cualquiera pudo ver quién era la luz de su vida. —No eres pésima en nada.

—Isabel se queda —dijo Violet. —Pésima o no, la necesitamos.

—Dormiré en mi antigua habitación —sugirió Isabel. Tenía el creciente deseo de demostrar que su sobrina estaba equivocada.

—Esa es la habitación de Violet ahora —dijo Sophie.

—Entonces dormiré en el ático.

—Tenemos murciélagos —dijo Sophie con frialdad. —Muchos de ellos.

—La habitación de papá —dijo Isabel.

—También era la habitación de mamá, no importa cuánto quieras fingir que ella nunca existió.

—Nunca pretendí eso —dijo Isabel.

—Ni siquiera entrabas a la habitación durante su última semana.

Isabel lo recordó ahora. Fue entonces cuando ella había comenzado a planear su escape. Antes, cuando todos los días parecían oscuros como la noche e incluso los libros no podían ayudar, todo lo que quería era llegar a un lugar donde cada camino y calle no le recordaran a su madre y todo lo que había perdido.

—Entré en su habitación cuando estaba contigo —le dijo a Sophie, recordando de repente el último día de su madre y cómo habían estado ahí juntas, tomadas de la mano.

—Lo recuerdo —dijo Sophie. —Simplemente no pensé que tú lo hicieras.



Isabel estaba inquieta ahí arriba, en la antigua habitación de sus padres. Sabiendo que nunca podría dormir, bajó a la librería, que de hecho, era un desastre, e hizo todo lo posible para comenzar a limpiar. Solo había que pasar la aspiradora por la habitación delantera, pero la habitación trasera era un desastre, con montones de libros polvorientos por todas partes y el papel dañado por la humedad. Parecía como si lo que llamaban la «Habitación de los Cuentos de Hadas» hubiera permanecido intacto durante años. Isabel empezó a dividir las pilas en ficción y no ficción, cuentos de hadas y libros de cocina. Mientras hurgaba, encontró algo inesperado en un cajón de una cómoda. Allí, detrás de las facturas impagas y los talones de cheques, estaba la caja de cartón de fichas que su madre llamaba su biblioteca para hornear.

Susan Gibson había sido una panadera increíble, y aunque Isabel nunca había horneado, tomó las recetas de su madre y subió a la cocina. Recordó las magdalenas «te sentirás mejor por la mañana» que su madre había horneado para alegrarlas en épocas de varicela, hiedra venenosa o tormentas de nieve. Los cupcakes estaban hechos de bizcocho dorado y glaseado de vainilla, y salpicados de gominolas. Isabel revisó los armarios en busca de harina, polvo de hornear y vainilla. Había mantequilla y leche

en la nevera, pero no había gominolas, así que Isabel se las arregló cortando una piruleta amarilla que encontró en un mostrador.

—¿Qué crees que estás haciendo? —dijo Violet cuando bajó las escaleras temprano en la mañana, con ojos somnolientos.

Era sábado y podría haberse quedado dormida hasta tarde si no hubiera oído a alguien jugueteando en la cocina. Hank estaba justo detrás de ella, después de haber dormido en su cama. El Labrador probablemente tuvo que salir, pero cuando vio los pastelitos, él también quedó fascinado.

—Estoy horneando —respondió Isabel. Recordó cuando su madre preparó una tanda de pastelitos «te sentirás mejor por la mañana» y los sirvió con tazas de té azucarado, cuando Isabel y Sophie tuvieron gripe un invierno.

—No pareces el tipo de persona que hornea.

Violet dejó salir a Hank al patio trasero, donde corrió como un loco liberado.

—¿Qué tipo de persona es esa? —se atrevió a preguntar Isabel.

Violet la miró y levantó una ceja. —¿Estás segura de que quieres que te responda?

—Adelante —dijo Isabel.

—Siempre pensé que solo horneaban las personas de buen corazón —dijo Violet.

—Bueno, supongo que estabas equivocada. —Isabel se encogió de hombros, aunque probablemente Violet tenía razón. Dado que este era su primer intento, los resultados podrían ser miserables. Era hora de averiguarlo, así que Isabel tomó las magdalenas del mostrador. El glaseado estaba un poco descuidado y los pedazos de caramelo de limón se habían caído, pero en realidad olían delicioso. —Toma uno —dijo ella.

—¿Qué se supone que son?

—Están hechos con la receta de tu abuela. Vamos, toma.

Se miraron la una a la otra; luego Violet dio un bocado, con delicadeza y sospecha.

—¿Qué opinas? —preguntó Isabel.

Violet la miró, devoró la magdalena y luego se limpió la boca con la manga. —No está mal —concedió ella. —Podría convencer a mi madre de que pida tostadas y té si sabes cómo hacerlo.

Avergonzada de no haber pensado en llevarle el desayuno a su hermana, Isabel puso a hervir la tetera, tostó las dos últimas rebanadas de pan y subió una bandeja. Llamó a la puerta de Sophie y, al no obtener respuesta, la abrió de todos modos.

—Yo no desayuno —dijo Sophie cuando vio la bandeja. Ella había estado llorando, así que apartó la cabeza. Había tenido tantas pérdidas, y ahora, con la pierna enyesada, claramente ni siquiera podía manejar sus tareas diarias.

Isabel colocó la bandeja sobre la mesita de noche. Para darle un poco de privacidad a su hermana mientras se limpiaba los ojos, Isabel miró por la ventana que daba al camino de la librería. Violet estaba afuera con un plato de pastelitos y una caja de hojalata. —¿Qué podría estar haciendo? —se preguntó Isabel

Sophie se sentó en la cama. —Parece que está vendiendo algo—ñ.

—Hice pastelitos —admitió Isabel.

La mirada en el rostro de Sophie cambió. —¿Tú?

—*Te sentirás mejor por la mañanas.*

—Los hacía para ti todas las semanas —le dijo Sophie.

Después de que su madre se fue, Sophie había comenzado a hornear en serio, y esas magdalenas habían sido las favoritas de Isabel, aunque nunca se sentía mejor por la mañana.

Cuando Isabel salió, Violet le informó que había comenzado vendiendo las magdalenas a un dólar cada una, pero que había subido el precio a dos después de ver el entusiasmo de la gente.

—¿Qué más puedes hacer? —le preguntó a Isabel.

—No estoy segura.

—Pues infórmate, porque los vamos a vender en la librería.

—¿Vamos?

—Atraerá a la gente, y luego no importará si compran libros.

—Por supuesto que importará. Es una librería.

—No me importa —dijo Violet. —Yo no leo. Es una pérdida de tiempo. Es solo para personas que quieren escapar de la vida real.

Isabel recordó lo que habían significado los libros para ella hace tanto tiempo, y de repente sintió añoranza por todos esos mundos ficticios que la habían ayudado en los peores años de su vida.

Entraron y pasaron por la trastienda.

—Qué lío —dijo Violet, lo cual ciertamente era bastante cierto.

Isabel miró entre las pilas de libros para niños y eligió uno que había sido de sus favoritos. *Half Magic* de Edward Eager. Un día de verano, una moneda encontrada, magia frustrante para cuatro niños y que debe ser domada; un libro en el que había un sinfín de posibilidades.

—Aunque no sepas leer, prueba con este —dijo Isabel.

Violet le tendió la mano. —Bien —dijo ella, tomando la novela. —No me culpes si lo odio.

Violet se sentó en la cocina a leer mientras Isabel hacía una lista de ingredientes para algunas de las otras recetas horneadas más queridas de su madre. «Nunca te pierdas las galletas de avena» ideal para caminatas o aventuras. «Pastel de naranja alegría» un pan de naranja con glaseado de crema de mantequilla, que seguramente alegrará un día.

«*Sin No More Cinnamon Rolls*» deliciosos y pegajosos, buenos tanto para los buenos como para los rebeldes. «*Pastel de frutas Enamoradizo*» rico en pasas y albaricoques y un ingrediente secreto que Isabel nunca había logrado descifrar. Al final de la receta, su madre había escrito «*agrega lo que más deseas*».

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Violet mientras miraba la lista. ¿*Un millón de dólares?* ¿*Un yate?* ¿*Una librería que no vende libros?* —Lo resolveré —dijo Isabel.

—Lo dudo —dijo Violet mientras compartía el último pastelito con Hank. La fiebre del azúcar causó que Hank saliera corriendo por la puerta, calle abajo.

Isabel corrió escaleras arriba para pedir prestado uno de los vestidos de su hermana, con la esperanza de verse algo presentable cuando fuera a la ciudad a buscar a Hank.

—El perro que no me pertenece se ha perdido —le dijo a su hermana.

—Por supuesto que no es tuyo —dijo Sophie. —Eso sería un compromiso.

—Suenas como mi ex —dijo Isabel.

—Nunca me gustó tu ex —dijo Sophie, lo que hizo que Isabel se riera a carcajadas.

—Eso es algo en lo que podemos estar de acuerdo —dijo.

—El perro tiene una mejor personalidad —concedió Sophie.